

LA JOYA DE LA FE



San José de Calasanz (27 de Agosto)

Cruzaba en la tierra impía
La fealdad del pecado
Bajo un ambiente cargado
De dañosa oscuridad.
Poblaron la tierra entonces
Vagas densísimas nieblas
Y entre tamañas tinieblas
Se obscureció la verdad.

Como la noche callada
Se desliza en el ambiente
Tras el día reluciente
Hasta oscurecer su luz,
El huracán de la vida
Extendiéndose en el mundo
Olvidaba furibundo
Las virtudes de la cruz.

Del viento de las pasiones
La maldad se aprovechaba
Y sin faro navegaba
Entre los hombres la fê.
Del gran fervor religioso
Quedaban en los mortales
Las levisimas señales
De lo acendrado que fué.

Mas cual en el centro oscuro
En las nubes apiñado
Se descubre abriantado
un fulgor del nubarrón;

Así surgía en el mundo
Depravado y viperino
Brillante rayo divino
Para alumbrar su razón.

Un justo varón entonces
Olvidando en su existencia
La elevada descendencia
Que en su cuna le arrulló,
Del monje el hábito humilde
Puso con fervor cristiano
Y en las almas por su mano
La fê perdida volvió.

El era la lumbre pura
De reflejos bienhechores
Que mitiga los dolores
De la desdicha humanal.
Y brotaba de su pecho
Tesoro de fê radiante,
Ese efluvio edificante
Que nos lleva al ideal

Como en la tarde clarísima
En ambiente embalsamado,
El aroma perfumado
Se derrama de la flor,
En divinas oraciones
Subía ténue y pausado,
El murmullo delicado
Del sosiego bienhechor.

El escéptico, el ateo
Implacable, que su vida
Por la duda carcomida
Amenaza fenecer,
A la voz de sus palabras
Recobraba lozanía
Y radiante fé volvía
En su pecho á renacer.

Y cual ruiñeñor canoro
Extasiado en la enramada,
Cuando sopla delicada
Brisa, eleva su canción;
De aquel fervoroso santo
La plegaria tal subía,
Pareciendo una armonía
Su seráfica oración.

Pero como nube extensa
Que su furia desatando
En jirones va empañando
De la esfera el puro azul,
La infame turba mundana
Con inclinación profunda,
Ensañóse furibunda
Envidiando su virtud,

Persiguióle porque el bueno
Es espejo reluciente
Donde el malo halla patente
Reflejada su maldad.
Y cual huracán deshecho
Arrancando va las flores
Contra el santo los furores
Se estrellaban sin piedad.

Cuando la corriente impía
De los hombres corroida,
Desataba enfurecida
Con aspecto aterrador;

Cuando la tormenta ruda
Veloz iba ya rugiendo,
Furibunda pretendiendo
Deshacer al fundador

Cual surge el iris brillante
De color risueño y vivo,
Semejando el lenitivo
Que detiene el temporal,
Desde las puertas del cielo
Otra luz viva venía,
Que el hervor aplacaría
Del empuje huracanal.

Y como de nube bella
Azulada y purpurina
Efigie ideal, divina
Distinguióse descender,
Y de Jesús y María
Entre claridad brillante
La mirada edificante
Cercana se pudo ver.

Y entre bellos resplandores
Que la pura luz cernía,
Por su mano bendecía
Jesucristo al fundador,
Mientras de allí se elevaba,
Como del ramaje espeso,
El magnífico embeleso
De dulcísimo rumor.

Desde entonces aquel santo
Triunfó de la tierra impía,
Su palabra como el día
Brotaba abundante luz.
Y en su vida venerable
Fué la lámpara divina
Que alumbraba purpurina
Con la gloria y la virtud.

MANUEL MUNOA

